



Hermanas y Hermanos:

Ningún título o distinción conseguidos hasta hoy y, con toda seguridad, cualquier otro que pudiese merecer en el futuro, los puedo comparar al honor de pregonar la Semana Santa de mi pueblo. Cuando fui invitado por la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas, un verdadero escalofrío recorrió mi cuerpo y he de confesar que temblé... temblé, como me ocurría en mi juventud, cada vez que sufría un examen.

Que voy a deciros yo a vosotros, depositarios de tanta historia manantera y auténticos catedráticos del saber, que no conozcáis ni hayáis escuchado ya de voces más autorizadas y mentes más preclaras que la mía...

Una Semana Santa, como la de Puente-Genil, que ha sido estudiada y cantada, de forma magistral, por tantos otros hermanos pregoneros desde perspectivas históricas, artísticas, teológicas, litúrgicas, antropológicas y musicales.

Y a mi, me gustaría poseer los conocimientos históricos de Juan Rodríguez, la erudición de José Segundo Jiménez, la naturalidad poética de Jesús Álvarez, describir el Evangelio como José Manuel Porras, pintar y poseer la sensibilidad de Julio Cámara, la chispa de Rafael Bedmar, interpretar como lo hace nuestra Banda de Música, ser poeta y poseer la lírica de mi primo Santiago Reina o saber cantar y tener la gracia de Jesús Carmona.

De nada de eso dispone esta humilde persona que os habla, para quien el pregón constituye un reto y un atrevimiento. Tal vez me anime el haber participado en desfiles procesionales desde que supe andar, visitado cuarteles de la mano de mis padres, puesta toda mi atención en escuchar vivencias y anécdotas y habitando, en suma, en el seno de un hogar donde sentían su pueblo y su Semana Santa todos los días del año.

Y permitidme que recuerde ese hogar y a mis padres, Luís y Rosario, modelo de pareja tan estrechamente unida que sus hijos nunca logramos saber de quien nacía la indicación, el consejo o la advertencia.

Ellos supieron ser desprendidos y generosos en lo que más les costaba, poner distancia a sus raíces y a vosotros sus amigos para facilitar los estudios a sus ocho hijos. Durante mucho tiempo el cuartel de Puente-Genil se trasladó a un piso en Madrid, donde trataron de inculcarnos el sentido trascendente de la vida, dentro de una profunda fe cristiana.

Hoy doce años después de que nos dijeran adiós para siempre, son el espejo en el que se miran sus hijos y nietos y el recuerdo de su ejemplo y su sonrisa, están siempre presentes en nosotros.

Y permitidme que recuerde al **IMPERIO ROMANO**, Corporación en la que ingresé hace más de treinta años de la mano de mi padre y con la que procuro identificarme en todo lo que él hizo que para mi significase.

A mis hermanos de la escuadra **VERDE**, esperanza en ramas de olivo y hojas de palma, símbolo de **AMISTAD**.

A mis hermanos de la escuadra **GRANA**, gotas de sangre que brotaron de la corona de espinas, símbolo de **SACRIFICIO**.

A mis hermanos de la escuadra **CARDENAL**, indivisible túnica nazarena, símbolo de **UNION**.

A mis hermanos de la escuadra **ORO**, última en crearse y sin embargo primero de los presentes que recibió Jesús de los Reyes Magos en Belén, símbolo de **GENEROSIDAD**.

A mis hermanos de la escuadra **TABACO**, sangre seca del divino rostro en la toalla de la Verónica, símbolo de **TESTIMONIO**. Su presencia hoy aquí es buena prueba de ello.

A mis hermanos de la escuadra **AZUL**, dosel de un cielo sereno tachonado de estrellas, símbolo del **AMOR** que todo lo envuelve y todo lo ilumina.

Y permitidme que recuerde a todos los que me instruyeron, desde la “miga” de Isabel y Dolores de la calle Luna donde aprendí las primeras letras, la escuela de Doña Paca, los Frailes, Las Palmeras, maestros como José Arcos, Francisco Estepa, José Arroyo, Manuel Baena, José Bueno, Rafael Moret, Lorenzo Contreras, José Aranda, Manuel Serrano, Jesús Palma y, probablemente, al maestro de todos, el inolvidable Agustín Rodríguez. A todos ellos, los tengo presentes en mi memoria.

Gracias, queridos hermanos, por la confianza que en mi habéis depositado y proporcionarme la alegría más grande que se puede sentir en este mundo. La de sugerirme, en su momento, y la de permitirme, ahora, que sea yo quien os dirija este mensaje de la palabra, quien pregone nuestra Semana Santa.

Y, antes de nada, bienvenidos todos a este marco escénico donde, cada año, tiene lugar la plástica y emocionante representación de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. Un escenario que nos envuelve y en donde la comunicación es tan perfecta, que es difícil trazar la frontera entre actores y espectadores, ya que todos somos protagonistas.

Bienvenidos todos a este auténtico crisol de los sentidos, a este olor, color y sabor, inconfundibles, que trascienden de nuestra Semana Santa.

El pregón no se apoya en imágenes, simplemente se acompaña de ellas porque en su quietud, en su reposo, son la fuente de inspiración y el soporte anímico del ausente.

Y van a ser esas benditas imágenes que admiro y con las que dialogo, en ocasiones desde dentro del traje de romano, y los aromas y fragancias que estos días se respiran en el pueblo, el hilo conductor de este pregón.

Un pregón que, como la Pasión, parte de uno de los procesos más injustos que recuerda la Historia.

Soldados de la Fortaleza Antonia de brillantes cascos y celadas de plata, corazas entalladas y altivas lanzas pretorianas, dan escolta a Pilatos y a las Autoridades Judáicas.

Jesús, se declara Dios ante Caifás,
a Anás, ¿Por qué me pegas?
a Herodes, ni una palabra.

Un pregón que, mucho tiempo después, expresa el reconocimiento de Roma a la Divinidad de Cristo, un acto de desagravio, un canto nuevo de amor y de esperanza...

Qué pontanés ausente, en un momento de reflexión, no se ha preguntado alguna vez:
¿Por qué y para qué VOY a Puente-Genil?...

Yo lo hice y llegué pronto a la conclusión de que, como tantos otros, estoy enamorado de mi pueblo.

El pontanés, acude en Semana Santa a su pueblo en busca de felicidad y encuentra amor, y es que la felicidad es amor, no es otra cosa, y para vivirla es necesario, ante todo, desligarse del tiempo.

Y me vais a permitir, una vez más, que el pregón no sea fiel a la cronología. Son mosaicos de sensaciones que, tal y como llegan, se expresan. Algo así, como ocurre en la realidad. Estos días, las sendas, vías y carreteras que conducen a Puente-Genil, son caminos por donde afluyen, con el corazón anhelante, los hijos ausentes como fervientes peregrinos.

Allá arriba, la **VIRGEN DE LA GUÍA**, como veinte siglos atrás la Estrella de Oriente, ilumina y conduce amorosa nuestros pasos.

Nos acompaña la visión de las primeras hierbas de los campos y el aire de las flores de primavera, ese aire que deseas respirar puro, y en grandes cantidades, para embriagarte de él. Y sientes que llega, invade los pulmones, te llena, te satura... Y en el camino, del corazón, surge espontáneo un saludo, un canto de amor a las raíces...

Sonríe, tierra generosa
de alientos de frescura,
tierra de árboles dormidos,
de luz y de sombras
que jaspean la corriente del río,
tierra de sol esplendoroso
y de membrillos en flor.

Traigo conmigo, la luna creciente
que lleva en sus entrañas a su madre redonda,
la añorada imagen de tu puente,
el alegre canto de la alondra,
Mi lengua, cada átomo de mi sangre,
se formaron de este suelo, de este aire.

Tierra de manos que he cogido entre las mías,
y rostros que besé,
tierra de pintores soñadores
de cantores y poetas.
Encuentro, a mi paso,
huellas que dejó la infancia, el barrio,
la casa donde vivo.
Tierra, donde aprendí
que todos los hombres nacidos
son también mis hermanos.

Vengo, ávido de nuevas sensaciones
porque cada Semana Santa es
distinta a todas las pasadas,
y a todas las futuras.
Vengo, a romper el velo de tinieblas
y a disipar mi angustia.
Sonríe, tierra, porque llega tu amante,
porque me has brindado tu amor
te doy por ello el mío...
Con la ansiedad,
con que el ciervo va a la fuente,
así acudimos los pontanos a la Puente.

Y mientras tanto... ¿Qué ocurre en Puente-Genil...?

El pueblo, aletargado, recobra estos días su pulso y en los corazones bulle el ansia del encuentro. Y se renueva la blancura de sus cales y se abren cancelas, portones, postigos y ventanas.

Los patios son de nuevo cascadas de geranios derramados, se pueblan de aromas de anís de canela y se hacen pestiños, ochíos y magdalenas...

Y la gente, estos días, recorrerá el pueblo de lado a lado y convertirá cada uno de sus rincones en perpetuas vivencias.

Y llegando estos días, el pontano está alegre y le verás sonreír y dar abrazos. Y se duerme feliz, pensando que mañana el alba parecerá más luminosa.

Y es que el hijo de Puente-Genil tiene una forma de pensar, de sentir y de reaccionar que le caracterizan. Ese conjunto de creencias, valores, implicaciones, actitudes y hábitos conforman, en realidad, una cultura. Podemos afirmar, pues, que nuestro pueblo tiene su propia **CULTURA** y el soporte, el armazón que la vértebra, es... la **SEMANA SANTA**.

Y uno de los tesoros más preciados de una cultura son las **TRADICIONES**. A medida que las entendemos y amamos, nos sentimos orgullosos de nuestro pueblo.

Como esas subidas al Calvario de la “chusma” de los romanos durante la cuaresma, donde se respira el olor a azufre de las bengalas. Van ataviados con una prenda que llama la atención, los “tunicones”, posible vestigio del guardapolvos con el que antaño se protegía el “traje de los domingos”, que era el día de la subida, del aceite de las antorchas y del camino de tierra, cuando la Ermita de Jesús se encontraba alejada del núcleo urbano, situado entonces en los aledaños del puente.

Como la túnica, recuperada este año en la subida al Calvario de los Ataos con el gallo de San Pedro al frente a los sones del pasodoble Barrabás.

Como esa otra, más moderna, de subir la cuesta Baena acompañando a los pasos sin detenerse. En el camino falta el aliento, duelen las piernas, pero en la cima el pecho respira aromas de libertad.

En un mundo en el que lo nuevo sólo agrada cuando nos lo sirven ya digerido y transformado, es natural que sorprenda y se rechace lo original, aquello que provoca un fuerte impacto en los sentidos. Sobre todo, cuando hemos logrado que nuestra Semana Santa, exprese tanta originalidad que la vida, a lo largo del año, gire en torno a ella.

Os podéis imaginar la cara de asombro de unos amigos madrileños y un extranjero, cuando un paisano me dijo, en su presencia, que el pasado verano en vacaciones lo había pasado muy bien porque había coincidido en la playa con dos apóstoles, tres romanos y un profeta.

Y en esa línea, entenderla y comprenderla no está al alcance de cualquiera. Son vivencias educacionales y hace falta un estado de gracia que permita sentir la grandeza, la fastuosidad, la religiosidad y la fe.

Es necesaria una buena dosis de humildad, un abandonarse y saber perder protagonismo, un dejarse arrastrar por los sentimientos...

Por eso, para entender nuestra Semana Santa... hay que vivirla.

No ahondar, es siempre ligereza...
hay quien ve en la cepa de la viña,
algo duro, deforme, oscuro y retorcido;
el que ama ve ecos, olas, susurros,
raíces amorosas, hilos de seda,
horquillas donde la vid descansa.
Y es que... nadie sueña
con aquello que apenas le interesa,
Cuando un pueblo, convertido en templo
que pregona su fe, sale a la calle,
merece, cuando menos, el máximo respeto.
Pero siempre ha triunfado
quien sabe amar, soportar y perdonar,
no el que lo sabe todo y todo lo enjuicia.
La verdad se vive, no se enseña,

por eso, hermano periodista,
despertar la nostalgia, no la ira,
es el noble oficio del poeta.

Dentro de unas horas, en este día de encuentros y saludos, el Paseo del Romeral será un indescrutable aleteo de túnicas blancas, rojas y azules, en medio de los puestos de juguetes y el aroma dulzón de las almendras garrapiñadas. El repique de campanas rivaliza con los tambores y cornetas de las bandas que desfilan por Susana Benítez. La **VIRGEN DE LA ESTRELLA**, ajena a esta algarabía, observa al Hijo festejado. Mientras tanto...

Jesús, en la burra, parece decir...
“Dejad que los niños se acerquen a mi”...
la blanca inocencia
que en el mundo queda.
Y el paso navega
por la Matallana,
en un mar de palmas,
de ramas de olivo
y gritos de Hosanna,
de menudas manos
que agitan pañuelos,
risas infantiles,
globos, caramelos.
El orbe se abre...
complacido, sonrío el buen Padre.
Entrada triunfal en Puente-Genil...
“Dejad que los niños se acerquen a mi”...

Cuentan las Sagradas Escrituras que “el domingo, al amanecer, hubo un gran terremoto. María de Cleofás, María Salomé y María Magdalena fueron a ver la tumba. Un ángel del Señor bajó del cielo y, llegando, removi6 la piedra y se sent6 sobre ella... su aspecto era, como un relámpago”.

Es Abril, las flores silvestres iluminan de blancos, azules, rojos y amarillos, el verde de los campos.

El aire es transparente y deja al descubierto bellezas prodigiosas. Los azahares de los naranjos est6n abiertos de par en par. La Matallana, refulge en mil colores.

La imagen gloriosa de **JESUS RESUCITADO** centra el mayor desfile que los tiempos vieron.

La multitud se apiña en los pretils de las azoteas, abarrota los forjados de los balcones y se aprieta en la calle, hasta llegar a tocar a **FIGURAS y ROMANOS**.

En acertadas palabras del cronista y hermano pregonero Francisco Luque Estrada:

“Con toda seguridad no hay pincel en la tierra, a menos que lo manejaran los propios ángeles del cielo, para plasmar esa cita majestuosa que, romanos y figuras, tienen en la mañana del Domingo de Resurrección”.

Querida **FIGURA** de mi pueblo:
Estoy de pie, ante tí, en la calle,
Frente a frente.
Orgullosa, pues nosotros
hemos hecho una Semana Santa
diferente
a la que viven el resto de los pueblos.
El público, expectante,
observa nuestro encuentro.
Orgullosa, pues nosotros
hemos hecho de La Puente
un escenario
de símbolos de fe, religión y
personajes del Antiguo y Nuevo Testamento.
Por largos y empinados recorridos,
he seguido tu paso lento y oscilante,
y tras el rostro de cartón, inexpresivo,
está el hombre que reza emocionado,
y la fe, que desfila rutilante
el corazón del pontano estremecido,
en los brazos que tiemblan levantados
por el peso de atributos y martirios.
He admirado, en verdad, tu sacrificio,
al ver caer el sudor desde tus sienes,
bajo el sol y el sofoco de ropajes,
de profusos y vistosos coloridos.
Y digan, lo que digan,
y piensen, lo que piensen,
y escriban, lo que escriban,
he esperado impaciente
este momento,
para expresarte todo lo que siento...
Querida **FIGURA** de mi pueblo:
en nombre del **IMPERIO**, mi homenaje,
y ojala que un ángel,
pinte nuestro **ENCUENTRO**.

Y que sería de una cultura, si estuviese desprovista de **VIVENCIAS**...

Cada día, cada hora, cada instante de nuestro deambular por la vida tiene algo especial que, quizás, en el momento en que se produce no tenemos ni la perfección, ni la sensibilidad suficientes, para anotarlo en nuestra memoria. Pero ahí queda... Después, lo cotidiano desaparece o se difumina y lo álgido queda prendido de nuestro recuerdo, hasta formar parte de nuestra piel.

Quien no sueña con el Día de la Cruz, la Semana Santa Chiquita...

Quien no se recuerda absorto contemplando, desde cierres y ventanas, el efecto óptico de los rostrillos de las figuras levantados mirando al cielo...

Quien no recuerda haber gritado al Lazarillo que se pierda de Longino, sufrido un cariñoso azote de los Jetones, aproximado al Templo para ver el reloj y oír las campanitas o sentido un miedo atroz al tropezarse con Judas ahorcado...

Me acuerdo, de huir despavorido cuando el Demonio y la Muerte de los Apóstoles enredaban el tridente y la guadaña, en el zócalo de tela negra del balcón de mi casa...

Quien no ha asistido emocionado al Sermón del Paso y escuchado con devoción la voz del ángel...

Quien no ha sentido una infinita y sobrecogedora tristeza al escuchar los tambores del Apostolado, la noche del Viernes Santo...

Quien no ha querido ser poeta y contestar esa saeta cuartelera que, con sólo dos voces, es capaz de elevar los corazones de todos...

Las puertas de la Parroquia de San José se abren amorosas y, si el corazón da un vuelco cuando aparece en el dintel el majestuoso paso de la **SANTA CENA**, la respiración de cientos de gargantas se contiene cuando, en medio de vuelos de palomas blancas, sale la novia de cara bonita y bambalinas de seda y oro, mecida rítmicamente al son de campanillas.

VIRGEN DEL AMOR, ese milagro
que no hay mal que no cure,
ni bien, que dure cien años...
Cuando bailan tu imagen
los costaleros,
del pensamiento surgen
piropos nuevos.
Eres poesía, todo un prodigio
de movimientos,
que del alma alejan
los sufrimientos...
Cuando cae la tarde,
en tu palio de encaje,
se mece el aire...

Y son los agradables efluvios del horno caliente, ese olor sano del pan blanco que nos llega de la calle cercana, los que nos acercan a la Vera Cruz...

Juventud flexible, infatigable,
del anónimo y sufrido **COSTALERO**
que la empinada cuesta serpentea
con disciplina y tesón incomparables.
Los balcones de la calle
dan justita la medida...
en Adriana Morales,
cómo te mueven y miman...
Tras salvar esa esquina complicada
avanza el paso alegre y cimbreante...
dentro, sudor, racheo de pisadas
y corazones, que sueñan las imágenes.

JUEVES SANTO... Han terminado las comidas mayores de las Corporaciones. La calle de la Plaza ofrece un ambiente cálido en el que se funde el aroma de los cigarros puros y el perfume de rosa natural de la mujer pontana, que es el reflejo de todas las virtudes de la tierra.

Y de repente, el milagro...

En una perfecta sinfonía de sentimientos y colores se aproxima el momento crucial que el pueblo anhela. Es como, si de pronto, el cielo nublado se abre y un rayo de sol desciende sobre una calleja oscura. Da igual lo que ilumine, ese rayo de sol trae luz, trae magia, transforma... y transfigura.

Es un ejército altivo
de porte majestuoso,
de soldados aguerridos
que desfilan orgullosos.
Fulgen el oro y la plata
en sus escudos y hachas,
lucen vistosos bordados
en terciopelos y rasos,
y el pueblo queda prendido
en esos blancos penachos
que, mecidos por el viento,
se acompañan a sus pasos.
En la calle Don Gonzalo,
cuando llegan los **ROMANOS**,
se lanzan vivas,
se baten palmas,
se estrechan manos,
se aprietan, pechos,
se abrazan almas.
Tras la celada,
todo un misterio,
los ojos de la pontana
se ven profundos,
pues dentro de ellos
cabe un **IMPERIO**.

(ENRIQUETILLA)

Sobrecoge el encuentro con la imagen de **JESUS PRESO** entre sayones y la imponente serenidad de su rostro.

Y tú, **VIRGEN DE LA VERACRUZ**, llevas en tu cara, una de las más bellas de La Puente, amargas señales de tu gran sufrimiento.

Frente a **JESUS AMARRADO A LA COLUMNA**, uno se siente como arropado por ese delicado resplandor que se desprende de las tulipas del paso.

Un poco más adelante... qué belleza y elegancia en esos trajes de encaje...

ESPERANZA, lleva el manto
de las recién cortadas
flores del campo,
con aromas de ese verde
que la brisa inclina y oscurece...
Peinetas y mantillas
mezclan su fragancia
con el azul de la noche,
en sinfonía fantástica.
Es por eso, que alguien dijo,
cuando todo está perdido...
tú te quedas, Esperanza.

EL MIERCOLES SANTO, antes día de los cuellos sucios, se ha convertido en el eje, en el paso del ecuador de los desfiles procesionales.

Ese día, mi pueblo huele a aceituna prensada como entonces Cafarnáun, aldea cercana a Nazareth donde fabricaban piedras de molino. Esas piedras, que Jesús menciona en sus parábolas.

En los campos, el tenue aroma de la trama y de la leña recién cortada, el mismo que, aquella noche, se respiraba en Getsemaní.

En el **HUERTO**, de rodillas, entre olivos,
tras **LAVAR** los pies a los discípulos,
qué opinión te merecen tus amigos
que, en **LA CENA**, prometieron defenderte
y a tu lado, recostados, se han dormido...

Qué emocionante encuentro con **NTRA. SRA. DE LA VICTORIA**, cara bonita de esperanza macarena, en el altar del triunfo de la gloria.

El aire de la calle Aguilar, perfumado de aromas de vino que nacen de los pasillos húmedos y frescos de las bodegas cercanas, se llena del olor que emana de la roja alfombra de claveles del trono.

El alma, se sobrecoge al acercarse a ese altar humano de golpes secos sobre la carne blanda, de los bastoneros en tus andas...

¿Qué meditas, Jesús, ahí sentado,
con la mano sosteniendo la mejilla?
Des pues de ver las llagas de tu espalda
y la sangre, brotar de las espinas,
impresiona la paz de esa mirada
y tu rostro, sereno e impasible...
¿Es así, como nos muestras,
que se puede ser Rey,
y ser **HUMILDE**?
Tras acatar la cruel sentencia
y azotado por verdugos inclementes,
te has sentado, apenado, en esa piedra,
soportando las burlas de la gente...
¿Es así, como nos muestras,
que se puede ser Rey,
y ser **PACIENTE**?
Pues, así te vemos, Rey de Reyes
HUMILDE y **PACIENTE**
cuando reinas
por las calles de La Puente...

Cuando miro al Humilde, recuerdo emocionado a dos hermanos pregoneros que ya no se encuentran con nosotros. Antonio Velasco, mi inolvidable hermano de corporación y escuadra y Calixto Doval. No hubo en Puente Genil mano que no estrechara, cuartel que no visitara y mesa que no compartiera. En muchos foros quedan los ecos de su verbo elocuente, expresión del amor que siempre sintió por nuestro pueblo.

Tras el Humilde, se admira el primor, el encanto, la ternura... nunca vi tanta hermosura, en un rostro más dolor, ni, en verdad, tanta **AMARGURA**...

Es la Virgen del manto grana, aunque era azul, cuando te alumbraba de pequeño.

Madrugada del **VIERNES SANTO**...

Esa noche, antes del alba, he subido a la Plaza del Calvario para ver las estrellas que brillan en el cielo. Suele ser noche de vientos del sur, de grandes estrellas solitarias.

Se respira el perfumado y fresco aire de la mañana y mis ojos se deleitan, con el juego de luces y sombras que proyectan los árboles al mecer sus frágiles ramas.

Es precisamente allí, donde abrazo cada año a esos amigos que sólo se ven en ese día, a esa hora y en aquel lugar. Sus rostros, ajenos al estrago del tiempo, responden a la imagen del niño que guardo en la memoria.

Poco apoco, los grupos de personas pierden su fisonomía, crecen y se vuelven multitud. Todos los ojos miran al mismo lugar...

Las primeras golondrinas, arquean el cielo, y el azul oscuro se torna cada vez más luminoso.

Ni en el Monte del Calvario,
ni en la Amargura se cabe,
nadie en la plaza se mueve,
mientras las sombras se evaden
entre las velas que arden...

Murmullos, siseos, llamadas de atención para atraer la mirada del NAZARENO. A su lado, la **VIRGEN DE LOS DOLORES, EL CRISTO DE LA MISERICORDIA Y NTRA. SRA. DEL MAYOR DOLOR, SAN JUAN Y LA VIRGEN DE LA CRUZ.**

Por la calle de la Amargura sube un rumor, y una pleamar de espuma blanca abre una inmensa clavellina en el centro de la Plaza. Tomo prestadas estas palabras de mi padre, en el Centenario de la DIANA:

“**S**on tan celestiales las visiones y tan sublimes los pensamientos que me embargan, que no encuentro palabras para expresarlos. Y es que hay cosas que, para el que las siente, le hablan sin lengua al corazón, más que la pluma y la palabra”.

El aire, que trae aromas de pino, es un hermoso sabor en mi garganta...

Y el aire... se hará copla,
y la copla... una saeta.
El murmullo ya es silencio,
y el silencio, se hace ofrenda.
Silencio, señora,
chiquillo, silencio,
que en tierra cercana,
donde están los pinos,
había un cementerio...
chiquillo, silencio,
mira al Nazareno
y quédate quieto,
que toca el Imperio...

(ANDANTE DE LA DIANA)

Entre un bosque de cruces de penitentes, por la calle Santa Catalina es el ardiente humo de los cirios y las velas, y el humilde olor del recién abierto lirio morado, olor sencillo y al mismo tiempo, grande y singular...

Lento el andar, el aire lleno
del olor de su cuerpo y de su aliento,
fluye de su mirar, un mar de sentimientos.

¿Qué hay tras esos ojos,
divino Nazareno?...
Si supieras, cuantas veces
he evocado tu imagen en mis sueños...
Si te cansas, entrégame tu carga
y apóyate en mi pecho,
que ya harás por mí lo mismo,
cuando llegue el momento...

¿Qué hay tras esos ojos,
divino Nazareno?
He añorado tanto
tu imagen en mis sueños...
Yo, te miraré al cruzarme
y veré siempre en tu pecho
la medalla de mi padre.
Tú dijiste, quien me ame
se reirá de la muerte
y el misterio que la envuelve...
Esos ojos, divino Nazareno,
en el fondo lo que buscan,
es prenderme.

Ante el **CRISTO DE LA MISERICORDIA**, que ilustra este año el cartel de nuestra Semana Santa y la desolación de **NUESTRA SENORA DEL MAYOR DOLOR**, la **VIRGEN DE LA CRUZ** recibe el consuelo de **JUAN**, el Apóstol de Betzaida.

Y mirándoles, se asiste a esas dos flechas de amor que, a modo de testamento, sólo un moribundo puede enviar:

Mujer, ahí tienes a tu Hijo...
Hijo, ahí tienes a tu Madre...

Y allí, en Miragenil, al calor de las primeras horas de la tarde, cuando el letargo del mediodía abandona lentamente el paisaje y la vida, interrumpida, quiere reanudar su ritmo, llegan a mis oídos los ecos de las cornetas y los tambores:

“**Soy la VIRGEN DE LOS DOLORES** y nadie me puede consolar”... El palio es un clamor de seda y plata y las flores del trono, al ser acariciadas por el viento, mezclan sus innumerables aromas hasta formar uno solo y universal.

Virgen de los Dolores... aleja esos temores que expresas en tu mirada, que el amor de los pontanos es capaz de sacar, uno a uno, los siete puñales que hieren tu corazón.

EL MARTES SANTO, Puente-Genil es recorrido por el **CRISTO DEL SILENCIO**, en un sobrio, devoto y emocionante Vía Crucis por el Barrio Alto, y por el **CRISTO DEL CALVARIO**.

Ante El, mi mente vuelve muy atrás y recuerdo mi encuentro, cuando apenas tenía nueve años, con la imagen de Gestas, el Mal Ladrón, en el desván de la casa de mis abuelos, y el tremendo susto que me produjo su cara de desesperación a la escasa luz que entonces ofrecía “La Alianza”.

Y recuerdo a mi tío, Manuel Reina de Porras que, además de alumbrarle toda su vida, le dedicó sus poemas más sublimes. Como yo ahora, en su memoria, este otro más humilde:

Hace frío, en el Monte Calavera,
tu cabeza, de espinas coronada,
pone un nudo de amor en mi garganta
y una inmensa ternura se apodera
del último de los rincones de mi alma.
Desciende, Jesús, de ese madero...
desclava ese cuerpo tan herido
y apóyalo en las ramas de mi cuerpo.
Porque... aún soy capaz de emocionarme
y de llorar, al pensar en tu martirio,
te doy gracias Señor, por perdonarme,
te doy gracias, Señor, porque... estoy vivo.

Cuando los Romanos visitan el Hospital la mañana del Viernes Santo, el pregonero disfruta de uno de los momentos de mayor paz interior.

El pasodoble se enreda en helechos, cintas, ficus y pilistras y sube las escaleras en sonidos de cal y plata. Un anciano lleva el compás con los huesudos dedos de su mano trémula y cansada. Es nuestro saludo a quienes, tiempo atrás, pusieron ilusión, trabajo y hasta parte de su vida en las corporaciones, hermandades y cofradías, cuyas realidades ahora disfrutamos. Es la otra Semana Santa, la que, a veces, nos resistimos a ver. El encuentro con la naturaleza humana. En Santa Catalina quedó la representación de la Pasión. Aquí, los que sufren, la viven día a día.

Huele a limpio, brilla el suelo y el aire se llena del aroma de la alhucema de los braseros. Y canto a las inolvidables Madres Mercedarias...

Alguien suspira: Es el Imperio que viene a ver al enfermo que gime, entre dolores, recostado en su lecho. Aunque lo cierto es que son ellos, los que sufren, los que nos dan esperanza a los fuertes y erguidos, a quienes este socorro resulta aún más preciso.

Yo te canto, MADRE DEL CONSUELO
y a ti, JESUS DE LOS AFLIGIDOS,
y, en vosotros, al emigrante marginado
que sufre indiferencia y desarraigo,
al aislado, que llora en solitario
por carecer de la ayuda del amigo,
al pobre prisionero de la droga,
a aquel, que marchó a la lejanía
y tras pasó la distancia del olvido,

a todos los que siembran ilusiones
y siempre cosechan desencantos.
Canto, al que está disminuido,
y a tantos que han perdido su trabajo,
a la soledad, del anciano abandonado
que fue buen padre y atendió a sus hijos,
y también, como no, a ese valiente
que vivió de rodillas, ante Dios,
y se puso de pie, frente a los hombres.
Canto, en fin, al que espera junto al río
su paso al otro lado de la vida
contemplando el paisaje de su alma.
Al mendigo, que pide en esa esquina,
al enfermo, que carga dolorido
con la pesada cruz de cada día
y sueña con volver, a ver la luz del alba.
¿Por donde va Jesús?... me has preguntado
con los ojos brillantes por la fiebre?
Allá arriba lo dejé, tras la Diana...
Más no busques más, no estés inquieto,
porque, gracias a ti, acabo de encontrarlo..
Jesús, está aquí, sufriendo en esta cama.

Cuántas cosas nuevas, resultan interesantes hoy, y pasado mañana ya no lo son.

La cultura de un pueblo se valora por la **ANTIGUEDAD** de sus costumbres.

Bendito aquello que sobrevive al tiempo, y aún no ha caído en el olvido.

La Cofradía de la Virgen de la Esperanza y los Evangelistas han celebrado su cincuentenario.

La Diana se lleva interpretando ciento veintitrés años. La Hermandad de Jesús Nazareno tiene más de tres siglos.

Y canto al Terrible pasando el puente para visitar Miragenil. Y es tan antigua la travesía que el eucalipto del Paseo, hoy gigante, entonces ni existía.

Y canto a las cerca de treinta Cofradías y Corporaciones centenarias que enorgullecen a mi pueblo... A las antiguas, que acumulan historia y experiencia. A las más modernas, que se incorporan con ilusión y entrega. A todas ellas...

Nuestra Semana Santa, eje de nuestra cultura, es permanentemente joven.

La juventud no es sólo un tiempo de la vida, es también un estado del espíritu. Y el espíritu pone alas y vence obstáculos. Y no han sido pocos los que hasta hora se han interpuesto y, probablemente, tampoco serán escasos los que le quedan por vencer.

Y el mayor exponente de una cultura es disponer de **LENGUAJE** propio, de un vocabulario autóctono.

El pontano comparte y divulga sus palabras familiares como mananta, chusma, alpatana, uvita, muñidor, cuartel...

Por cierto, HERMANO FORASTERO:

Si alguien te invita a su cuartel,
no te confundas, no tiene nada
de militar.
No hay centinelas, y es que sus puertas
están siempre abiertas de par en par.
Aquí se lee el Evangelio,
allí bendicen la mesa
y en todos ellos se reza
y se recuerda, a los que se fueron.
No hay altos mandos ni generales,
un presidente, al que se obedece, y...
sólo soldados, todos leales.
En sus paredes, ricas o humildes,
no ves trofeos reconquistados
al enemigo,
está la imagen del NAZARENO
y otra curiosa, la de una VIEJA,
que es calendario de los domingos
que han transcurrido de la CUARESMA.
Y una gran mesa, siempre dispuesta.
El hombre sencillo, que allí se sienta,
a veces piensa:
“Aléjate pena, que voy a comer
que, cuando acabe, te cogeré.”
Y no hay comidas
más generosas ni compartidas,
el pan y el vino en la misma entrega,
el mismo aroma de hierbabuena...
Son las vivencias de almas abiertas
y las anécdotas más divertidas...
es la armonía...
Cruzan el aire las cuarteleras
que, a pesar de su nombre, no son guerreras
sino rezos con los que canta Puente-Genil,
y es la voz enlazada de los hermanos,
el preludeo fraterno de los abrazos
y el simbólico gesto de sentir.
Por eso, en vez de insumisos y desertores
hay voluntarios de mil amores
que se reenganchan toda la vida.

Porque, para rezar, para evadirse,
para vivir, en suma, horas felices
no existe el reloj.
No te acoraces, ven al cuartel,
no tiene nada de militar...
vente al cuartel y vive su amor
y deja que hable tu corazón...

EI CRISTO DE LA BUENA MUERTE, ofrece la imagen solemne del que afirmó:
“Todo está consumado...”

SAN JUAN lo observa todo, con el corazón transido, para dar testimonio en su Evangelio.

En la **SANTA CRUZ**, en la sobriedad de su simbólica desnudez, el viento mueve las sábanas que sirvieron para descolgar el cuerpo.

Su cuerpo no está en la cruz...
lo tiene su Madre en brazos,
que amargo trance, Jesús...
Sus labios besan el rostro,
de la palidez del lirio,
y sus manos lo acarician
con esa **ANGUSTIA** que, a veces,
sufrimos por nuestros hijos.
Le limpia golpes y heridas
con el óleo de sus lágrimas...
¡No te angusties, Madre mía!
que ya se acerca el momento,
de emoción inenarrable,
de sentir, cuando estés dentro,
el viva más entrañable
que te ha dado el mundo entero...
cuando te ofrezcan, tus hijos,
La Diana del Degüello.

Es el penetrante aroma de los nardos cuando las sombras del oscurecer se extienden por el cielo infinito y solitario, y se inicia la lenta marcha de un fúnebre cortejo.

Lloran los limoneros en las cercanas huertas, y el aire se llena, del perfume del incienso...

Respeto al Salvador del Universo...
En silencio, desde el Calvario,
la triste comitiva arrastra el féretro.
Balsámicos besos
acarician el cuerpo,
en blanco sudario
exánime y yerto.
Duerme, velaré tu sueño,

no habrá duda ni muerte
que se atreva a tocarte.
Mañana, al despertarte,
verás que no te engaño.
La noche pone crespones
y velos negros.
De su Madre, las **LAGRIMAS**,
son los luceros...
y ráfagas de viento
nos traen los ecos
de sus lamentos.
Respeto al Salvador del Universo...
A los cuatro puntos del firmamento
los pontanos proclaman
¡¡¡idad Gloria al Muerto!!!

(GLORIA AL MUERTO)

Como decía mi buen amigo y hermano pregonero Andrés Bojollo “cada pontanés tiene sus preferencias emocionales en un momento de su vida manantera”.

VIRGEN DE LA SOLEDAD, tú guardas mis emociones más profundas...

- Cuando escucho las estrofas del Rosario de la Aurora, que me devuelven a la niñez...
- Cuando tus hijos, de todas las edades, te ofrecen luz con sus velas, sonriendo felices al sentir que te aman...
- Cuando al discurrir por las callejas, al cuerpo desfallecido llega el aguardiente y las magdalenas...
- Cuando el Barrio de la Isla se embriaga de olores de huerta y de juncos, mientras las aguas del Genil siguen su curso lentas, caudalosas, incontenibles...
- Cuando el rocío platea el cutis de las hojas de los árboles y la flor se abre, como ojo que acaba de despertar, y llora...
- Cuando tus Grupos, al frío resplandor de la luna llena, te dicen adiós con bengalas de múltiples colores...
- Cuando en la Plaza del Dulce Nombre, ya desierta, siento la madrugada atravesando mi cuerpo...
- Cuando las tinieblas de la noche, se tiñen del gris azulado de la aurora...

SOLEIDAD, por estar cerca de tí
no sabes lo que daría...
No sabes lo que daría, SOLEDAD,
por ser clavel o azucena
en las andas de tu paso,
humilde fleco en tu manto,
ser, quien encienda tus velas
la noche del Viernes Santo,
sollozo de cera blanca
prisionero de tu encanto,
en tu blanca candelaria.
Por estar cerca de ti,
ser, en tus manos rosario,
y al caer la madrugada,

en la fachada encalada
la sombra de un candelabro...
y al morir, aunque sólo sea eso,
un lazo de crespón negro
en un varal de tu palio.

El pregonero tiene ya la voz rota, y el corazón cansado...

Este año se conmemora el V Centenario del encuentro de dos mundos. Puente-Genil, cada Semana Santa celebra también algo menos espectacular, pero mucho más íntimo, el encuentro de cada pontano consigo mismo. Cuando finalice este emblemático 1992, la Isla de La Cartuja y el Recinto Olímpico serán amplios espacios impregnados de recuerdos y nostalgias irrepetibles. Nuestra Plaza del Calvario, sin embargo, fue, es y va a continuar siendo el recoleto punto de encuentro de todos los pontanos, el resto de los días de nuestra vida.

“Arriba, peregrino, subamos del Calvario
el áspero camino, que allí, en el
Santuario, bendice Nuestro Padre
sus hijos al partir...”

Se han vivido días intensos y apretados de emociones. Cansado el cuerpo, renovado el espíritu, la campanita, sin tocar, continúa sonando en los oídos.

Al tomar de nuevo el coche, las ruedas arrancan llantos de los adoquines. Los restos de cera en las calles, lágrimas de tantos cirios y tantas velas, lloran la marcha de los que, un año más, van a ser los ausentes del pueblo...

“Puente-Genil
quiero ver tu cielo azul,
tu cielo azul
quiero subir
cantando hasta Jesús
Al pie de la cruz
Puente-Genil
dime cuando volveré
cuando veré tus riberas
y en tu ermita rezaré,
al Patrón”

Por todo ello... Semana Santa de Puente-Genil, cuando el sonido de mis palabras se pierda en los remolinos del viento, cuando mi voz calle con la muerte, mi canción te seguirá hablando con su corazón vivo.

Que Dios os pague a todos, vuestra atención y benevolencia.

